

“Y plantó su tienda entre nosotros...” (Jn. 1,14)

Del Libro “Creer, amar, esperar cada día”, de Alessandro Pronzato,

Es una tienda igual que las demás, que se puede confundir con tantas otras. En cualquier momento se te permite entrar, sin presentar documentos. Dentro hay un hombre y tú eres un hombre. Y eso basta.

Puede suceder que te equivoques. Es fácil confundir una tienda con otra cercana. Y te encuentres frente a un viejo que muere de soledad, un enfermo sin esperanza, una madre que ya no puede más, un joven sin trabajo, un hombre que se debate en la oscuridad, un individuo humillado, un “pequeño” golpeado, un “último” abandonado.

No, no te has equivocado. Él vive allí. El Verbo que se hace carne se ha hecho solidario con el hombre, con cualquier hombre.

Es el más pobre de todos, pero no se conforma con su tienda. Entra y se esconde en la tienda de todos, ocupa a escondidas la vivienda de los otros. Y ninguna autoridad –ni siquiera la religiosa- logra desalojarlo.

Él no toma: ofrece. No se presenta recetas: comparte. No declara: está presente, participa. No deplora: sufre.

No, no logra estar en su sitio. Ha venido para eso, para estar en el sitio del hombre. Nada de lo que es humano le es extraño.

No se pone de parte del hombre, tampoco del débil o del pobre. Es un hombre, pobre y débil.

Él se mete donde hay dolor, angustia, esperanza, duda, alegrías sencillas, ocupaciones ordinarias, canto, lágrimas. Si hay un peso, él lo asume. Si el fuego se está apagando, él lo aviva.

Si el enfermo tiene terror para afrontar las horas de la noche, él no nos regala una bendición y se va, sino que endosa el insomnio, transcurre con los ojos abiertos todas las horas interminables.

Si el problema no está resuelto, él no promete una oración: sale a buscar.